

# Lugares en conflicto: la crítica y el ensayo como escrituras de la lectura



Maximiliano Crespi y Ana García Orsi

CTCL/IdIHCS (UNLP-CONICET) / ANPCyT

*fecha de recepción. fecha de aceptación.*

## Resumen

Se aborda la situación del ensayo crítico literario en la Argentina en las últimas décadas del siglo XX a partir del análisis de dos textos referidos al tema: “La crítica: entre la literatura y el público” (1984) de Beatriz Sarlo y “Entredichos sobre la decadencia del ensayo argentino” (1985) de Eduardo Grüner, publicado en revista Sitio. Ambos trabajos, surgidos en el contexto enunciativo de la llamada “transición democrática”, presentan sendos diagnósticos respecto de la declinación y crisis del ensayo no como género, sino como forma de intervención crítica. En el cruce de estas dos perspectivas diferentes, se pueden trazar líneas directrices en torno a las tensiones entre crítica y ensayo, en tanto las escrituras de Grüner y Sarlo no sólo asumen modos distintos de adaptarse o resistir a procesos históricos que atraviesan la experiencia intelectual de las últimas décadas (la profesionalización de los discursos, la compartimentación de las disciplinas, los cambios en el lugar social de la crítica, la autonomización del campo intelectual), sino que suponen modos antagónicos de imaginar la relación entre escritura, lectura y poder.

## Palabras clave

*Crítica de la crítica  
historia intelectual argentina  
ensayo  
Beatriz Sarlo  
Eduardo Grüner*

## Abstract

The situation of the literary critical essay in Argentina in the last decades of the 20th century is approached from the analysis of two texts referred to this subject: “La crítica: entre la literatura y el público” (1984) by Beatriz Sarlo and “Entredichos sobre la decadencia del ensayo argentino”(1985) by Eduardo Grüner, the last one published in Sitio magazine. Both texts, published in the context of the so-called “democratic transition”, present respective diagnoses regarding the decline and crisis of the essay not as a genre, but as a form of critical intervention. At the intersection of these two different perspectives, some guidelines can be drawn in connection with the tensions between criticism and essay, since the writings of Grüner and Sarlo not only assume different ways of adapting or resisting historical processes that go through the intellectual experience of the last decades (the professionalization of discourses, the compartmentalization of disciplines, changes in the social place of criticism, the

## Keywords

*Critic of the Critic  
Argentina's Intellectual History  
Essay  
Beatriz Sarlo  
Eduardo Grüner*

autonomization of the intellectual field), but also they suppose antagonistic ways of imagining the relationship between writing, reading and power.

No escribimos según lo que somos;  
somos según aquello que escribimos.  
(Maurice Blanchot)

En el escenario de la llamada “transición democrática” argentina, dos diagnósticos simultáneos y emblemáticos coinciden en afirmar —con argumentos disímiles y, en cierto punto, contradictorios— la “decadencia”, la “declinación” o la “crisis” del ensayo no como género sino como forma de intervención crítica. Se trata de dos modos de concebir el valor de la experiencia crítica en el interior de un sistema de coacciones, de morales y de metodologías institucionalizadas que la acechan y que precintan la legitimidad o la bastardía de su intervención. Las posiciones ante el ensayo como forma en tensión con la práctica de la crítica no sólo permiten entrever modelos y funciones de perfil intelectual, también permiten determinar líneas aún hoy activas de afinidades y rechazos que facilitan la comprensión de tradiciones y series de continuidad en el campo de la intervención crítica e intelectual contemporánea.

Uno de esos diagnósticos está fechado en mayo del año 1985 y se publica en el número 4/5 de la revista *Sitio*. Pese a que en la revista aparece también firmado por los otros directores (Ramón Alcalde, Luis Guzmán y Jorge Jinkis), su redacción pertenece a Eduardo Grüner.<sup>1</sup>

1. Esa autoría se confirma luego, en 1995, con la incorporación del texto al volumen *Un género culpable* del propio Grüner.

En “Entredichos sobre la decadencia del ensayo argentino”, Grüner se apropia de manera deliberada de aquello que eventualmente podría ser considerado negativo para construir la potencia afirmativa de esa forma en el contexto de producción intelectual vernáculo. “Decadencia”, “degeneración”, “ruina”, “corrupción”, “bastardía” dejan de ser entonces modos de impugnación para convertirse en fundamentos de una valoración del ensayo argentino, esto es: de una práctica intelectual que en principio aparece vinculada a una escritura de la lectura. Porque si, como afirma Grüner, “un lector que escribe es una posición bien otra que la del escritor que lee” (1985: 5), la forma del ensayo es en efecto aquella que implícitamente aparece sobredeterminando no una consistencia autorizada sino la insistencia en una posición de lectura; de ahí su carácter relativamente plebeyo y su bastardía. Y de ahí también su asumida politicidad, no sólo en “la convicción de que la escritura es un campo de batalla, del que se puede huir pero al que no se puede entrar impunemente” (1985: 6), sino también en su deliberado distanciamiento estilístico respecto de los modelos de intervención que contribuyen a un “languidecimiento del discurso en las tibiezas del “universalismo” y el mercado cultural”, es decir, de la forma “que promueve la figura del ensayista aséptico y profesional, que no *escribe*: se limita a describir, o a declamar un recocado ecléctico de discursillos ajenos” (1985: 6).

El diagnóstico de Grüner, compartido por el colectivo editor de *Sitio*, atribuye en efecto la decrepitud del ensayo a dos causas fundamentales: por un lado, un cierto desprecio por el trabajo de la escritura y dos, un voluntario acatamiento a la compartimentación disciplinaria pauta por los usos profesionalizados del discurso. En esos dos gestos sintomáticos lo que gradualmente se perfila es sin duda la sustitución de la *pasión* y la *convicción*, “como instrumento y objeto del ensayo”. Pero también la dimensión política de una “práctica polémica de afirmación de un saber profesional, hipotético, pero siempre desafiante de los discursos —hegemónicos o no— que lo rodean” (1985: 6).

El diagnóstico con el que el texto de Grüner está dialogando implícitamente es el presentado por Beatriz Sarlo, cuya pluma asume la defensa de dos tareas que los tiempos estarían demandándole: las de la modernización y la profesionalización de los “saberes” y “registros” de escritura en los “campos” de las ciencias sociales y humanas —aunque paradójicamente su escritura sea de las menos obedientes a la formalización presumida. Bajo el título de “La crítica: entre la literatura y el público”, el texto de Sarlo apareció publicado en la revista *Espacios de crítica y producción* en diciembre de 1984, pero resume una conferencia leída en noviembre de ese mismo año en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA —es decir, cuatro meses antes de la publicación del editorial de Grüner.

Pese a que la rigurosa coautora de *Literatura/Sociedad* no emplea en su texto la palabra “decadencia”, insiste en señalar una y otra vez no sólo sus “perplejidades” sino también sus “dudas acerca de la efectividad”, la utilidad y la función social del trabajo crítico. Expeditivamente Sarlo se aboca a reconocer una cierta crisis de legitimidad allí donde cabe la duda de que la crítica pueda ser identificada “con un saber” o “solamente con un discurso” (1984: 6). La pregunta por el saber se vuelve, desde el juicio profesoral de Sarlo, una pregunta por el objeto. Por ello el carácter “siempre evanescente” de lo literario no deja de inquietarla. La crítica, al no poder definir un objeto, vive en una ilegitimidad preocupante, casi como una indocumentada: no sólo porque su discurso no puede aspirar a la “legalidad científica” atribuida a las “ciencias duras”, sino porque ni siquiera comparte “la legitimidad científica de las ciencias sociales, o la lingüística” (1984: 6). Ahí donde Grüner ve un “lector que escribe” (dileante), Sarlo ve un “crítico literario” (especialista); donde Grüner ve un lector que hace pública una “pasión” y una “posición de lectura” (1985: 6), Sarlo ve un “distribuidor del saber necesario para leer” que en última instancia se erige como “portador social de la mediación” entre la literatura y el público (1984: 7). Mientras que bajo la mirada del ensayista de *Sitio* “el saber provisional, hipotético” de “el lector que escribe” constituye una especie de desafío dirigido hacia los discursos circundantes (1985: 6), en la óptica de la directora de *Punto de Vista* la “literatura y los procesos de producción” desplazan al crítico del espacio común y lo excepcionan en la mediación (1984: 7). El espacio —acaso cándidamente— indiviso en la argumentación de Grüner, en la perspectiva de Sarlo aparece claramente escandido por la autonomía y la especificidad del objeto y el proceso productivo de la literatura entendida como una “práctica social específica, inscripta por sus mecanismos discursivos e institucionales en los procesos históricos”.<sup>2</sup> Como una especie de clase media, el crítico aparece desde la visión de Sarlo como un sujeto oscilante entre esos “dos polos” (¿del saber?, ¿del discurso del saber?, ¿de la literatura misma?) constituidos por aquella masa homogénea que Sarlo designa como “público” y la figura distinguida del “escritor” que “establece su lugar en las relaciones con la textualidad, con el lenguaje, con las ideologías” (1984: 7). Por encima de los prejuicios sobre los que se elabora tal distinción ontológica, el crítico afirma su singularidad diferenciándose del público por su manera de interrogar al escritor. Mientras que en la posición de Grüner se alienta —voluntaria o imaginariamente— una confusión entre “el lector que escribe” y el “lector” a secas, en el diagnóstico de Sarlo lo preocupante es que el lector implícito del discurso crítico es en efecto otro crítico —o mejor dicho, la exclusiva comunidad de los críticos. Sarlo remite el origen de esa escisión a “los años sesenta” y fija la instancia de la “crisis” del ensayo en “la década del setenta” (que, a su juicio, se corrobora en la “flexión despectiva” o “condescendiente” que adopta el término *ensayismo*), sin describir con mayores precisiones las tabulaciones de esa periodización (1984: 8).

2. Esa precisa y ajustada definición se lee en la contratapa de *Literatura/Sociedad*, el manual redactado por Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo.

Si Grüner atribuye el languidecimiento de la forma ensayo al “debilitamiento de las convicciones” fomentado por los “nuevos demócratas”, “posmarxistas” o más exactamente “marxistas arrepentidos” (1985: 7), Sarlo lo adjudica sin vacilaciones al asedio corrosivo de los “nuevos discursos y metodologías sobre lo social, lo histórico,

lo político y también [las] nuevas perspectivas y nuevos discursos sobre lo literario” (1984: 8). Donde Grüner ve un ceder en la resistencia a las morales represivas del discurso academizado, Sarlo ve una evolución que deja atrás una forma rezagada y vetusta de concebir la intervención crítica.

Esta “crisis” del ensayo y del ensayismo no sólo supone pues, para quien más tarde publicaría *Una modernidad periférica*, el saludable abandono de “las perspectivas anti-teóricas y del impresionismo político, histórico, sociológico, psicológico [o] estético” (1984: 8). También —y acaso por eso mismo— supone un valor que en la óptica de Sarlo es estimado en claros términos de rédito positivo: “En este proceso de crisis y estigmatización del ensayo se ganan algunas cosas. Se gana en especialización disciplinaria y especificidad conceptual. Se gana en rigor” (1984: 8). Y luego agrega: “se fundan algunos discursos modernos, se moderniza la enseñanza de la literatura; nos modernizamos todos nosotros” (1984: 8).

Sarlo no hace foco en la potencia ética o política del ensayo. Hábilmente, omite ese conjunto de aspectos, para criticar a la forma ensayo desde un punto de vista retórico y por esa razón, como bien apunta Giordano (1999: 145), los valores que encuentra en el ensayo son estrictamente técnicos, funcionales, utilitarios y por ello mismo, subsidiarios del saber al que suscriben su mediación. Se sabe: cuando el saber manda y el pragmatismo economiza, la diferencia se sacrifica. Por eso el único costo colateral que Sarlo le reconoce a este proceso que sigue juzgando positivamente es la obturación a la (hipotética) emergencia de una obra ensayística de inaudito matiz teórico, capaz de excepcionarse por su propia naturaleza al estándar de la intervención “impresionista”, como la representada por los ensayos críticos de Roland Barthes y las iluminaciones de Walter Benjamin. La emergencia de ese tipo de obras que constituirían un ensayismo no regresivo queda, dice Sarlo, “metodológica y teóricamente” obturada a partir de “los años sesenta”, cuando —explica— “nuestro discurso se va enrareciendo” hasta que, ya entrados “los años setenta”, “empieza a circular de manera muy diferenciada”, “cuando la Universidad, que había sido un foco de modernización y de dinámica hasta 1966, se convierte” en “un espacio completamente irrelevante para la crítica” (1984: 9). Lo que la argumentación presupone es que hasta “los años sesenta” el lector implícito del ensayo crítico todavía era más amplio que el de la comunidad de colegas. Pero en los años posteriores, el auge de la Teoría como metadiscurso capaz de explicar el sentido de las demás prácticas sociales, “habría impuesto —el prolijo condicional pertenece a Alberto Giordano— las supersticiones de la especificidad y la especialización, como condiciones del conocimiento verdadero, en el campo de las humanidades y las ciencias sociales” (2015: 14).<sup>3</sup>

3. A estos factores, Adolfo Prieto agrega el de una demanda de mercado. En su lúcido ajuste de cuentas con la generación crítica de la revista *Los Libros* (1969-1976), cuyas páginas registran el auge de las teorías de inspiración estructuralista en la crítica argentina, Prieto recuerda que hacía fines de los años sesenta, el “patrocinio” de la “industria cultural” había “rescatado al estructuralismo de la marginalidad de la práctica académica y del ejercicio disperso de los cazadores de novedades” (1989: 22).

Las consecuencias de ese proceso —que la propia Sarlo describe como una fetichización del discurso de la crítica (“la fetichización de nuestro propio lenguaje”), porque presupone “un ritual iniciático de dominio sobre el lenguaje” (1984: 10)— pasan a retiro a la forma ensayo y al mismo tiempo acotan el horizonte de incidencia política de la crítica. No sólo porque se reducen sustancialmente el marco y las condiciones concretas de la intervención —el campo abierto de batalla política reconocido por los ensayistas de *Sitio*— sino porque en cierta medida la encapsulan en un rango de especificidad, la confinan al espacio discursivo de la jerga de profesión y competencia específica. Es, claro está, el paso del ensayo como forma de intervención diagonal del intelectual clásico a la definición estricta de un discurso que vehiculiza un saber especializado del cual es portavoz el intelectual específico. Lo que, por su torsión perversa y paradójica, no deja de llamar la atención es, sin embargo, que la propia Sarlo cierre su texto apropiándose de la exhortación benjaminiana a poner en crisis el vínculo que la crítica establece con las tradiciones —ideológicas o discursivas— que procuran subyugarla. «Yo me pregunto cuál es nuestro conformismo», escribe Sarlo con un desparpajo que no deja de sorprender, como si asistiera a un momento de

revelación del poder efectivo de una construcción imaginaria impuesta por fuerzas desconocidas: “Quizá trabajar contra nuestro conformismo sea trabajar contra este lugar en donde se nos ha colocado y de alguna manera aceptamos colocarnos” (1984: 11), dice Sarlo al cierre de su alocución.

En efecto. Gran parte de la eficacia retórica del texto de Sarlo radica en su astucia y su garbo para describir ese distanciamiento producido a partir de “los años setenta” como un proceso sin sujeto. Dice “se comienza a hablar de manera despectiva del ensayismo”, “se modernizan los modelos de enseñanza de la literatura”, “se institucionaliza un conjunto de saberes y metodologías”, “[el discurso de la crítica] se va enrareciendo”, “se nos coloca”, como si ella misma no se reconociese como la agente activa que fue en ese proceso de “institucionalización”, tanto a través de los volúmenes exclusivamente dedicados a la estabilización de un cuerpo de categorías y herramientas teóricas funcionales —como *Conceptos de sociología literaria* (1980) o *Literatura/Sociedad* (1983)—, en sus propios trabajos de ejercicio crítico (como los reunidos en las diversas ediciones de *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la Vanguardia*) y en los estrictos programas de “renovación teórica» de las revistas *Los Libros* (1972-1976) y *Punto de Vista* (1978-2008) de las que fue respectivamente directora (Dalmaroni 2004; Gerbaudo 2016 y 2017).<sup>4</sup>

La astucia es retórica y el cálculo es político. Sarlo apela deliberadamente a la figura de la histeria para describir el coqueteo oscilante del crítico hacia los lugares designados para el “público” y el “autor”. El crítico —dice— es ese “individuo despojado de lugar” que, “oscilante, un poco histérico, entre estos dos polos, coquetea con uno y con otro sin decidir nunca del todo dónde está su lugar y su relación constitutiva” (1984: 7).

Es necesario volver al texto de Grüner para dimensionar lo que en la defensa de esta colocación tenue se pone en juego. En el diagnóstico del ensayista de *Sitio* la figura del “Hystericus” aparece caricaturizando no ya a una inscripción intersticial que se juzga con cierto dejo de condescendencia, sino al acomodo político e intelectual interesado, canallesco e integracionista operado mediante una colocación lábil, cimbreada, coyunturalista, “posmoderna”. Este personaje grotesco y pusilánime, que “ha votado por Palacios sin ser socialista, por Frondizi sin ser desarrollista, por Cámpora-Perón sin ser peronista, y lo hará (lo hizo) por Alfonsín, sin por eso renovarse ni cambiar para nada”, tiende siempre a usufructuar el lugar del “traicionado”, dando por supuesto que “era el otro el que debía plegarse a su política” (1985: 7). Pero, en el plano de la identificación discursiva, el “Hystericus” es justamente aquel que resulta incapaz de escuchar la verdad de lo anacrónico mientras se pliega a los dictados de las Voces de la novedad. Y, prendido siempre a “la última moda teórica”, no puede, no sabe cómo “eludir la conversión cada vez que se ha sentido, no digamos traicionado: seducido (y a menudo abandonado) por discursos de los cuales sólo fue capaz de retener los tics y los mecanismos de seducción” (1985: 7).

La explicación que Grüner ensaya sobre la cuestión está —va de suyo— en las antípodas de la planteada por Sarlo y, vista en perspectiva, casi parece preanunciar algunas de las objeciones críticas que, desde varios enfoques, se han planteado a la política cultural que durante los años 80 va a llevar adelante la formación intelectual vinculada a la revista *Punto de Vista*, específicamente en lo que hace a su programa de “renovación”, traducción e incorporación selectiva de teorías y modelos de lectura. Bajo un cuidadoso proceso de sustitución, selección, descarte y reciclaje teórico, este programa derivó en una nueva retórica y una nueva metodología para la crítica universitaria argentina. Que ese programa partiera de la aceptación de una derrota política de las luchas antes esgrimidas e impugnara al estructuralismo althusseriano y a las diversas teorías de inspiración marxista, por su tendencia a incurrir en los excesos de los “monismos deterministas” y “las totalizaciones de los grandes relatos”, facilitó que

4. No sólo desde las moderadas páginas de *Punto de Vista*, ya desde el radicalizado programa de “crítica política de la cultura” de la revista *Los Libros*, Sarlo se muestra preocupada por los procesos vinculados a la institucionalización de los saberes y la profesionalización de la actividad crítica. En un combativo balance sobre la enseñanza de la literatura en la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1972, Sarlo advertía que a ese momento “la carrera de Letras no ha alcanzado todavía ni siquiera la etapa cientificista modernizante”. Las tareas que esa “modernización” demandaría parecen entusiasmar a la joven Sarlo. Por un lado, evalúa con disciplinado rigor la eficacia de la relación salario-productividad del plantel de profesores de Letras: “quienes en muchos casos se benefician con una dedicación exclusiva a la tarea docente no han realizado, en los últimos años, aportes de consideración a la crítica o a la teoría” y por otro, mide los resultados de los institutos —“que se supone son centros de investigación a la vez que bibliotecas”— en términos cuantificables: “vegetan en la superficialidad de unas pocas ‘comunicaciones’ anuales, algunos boletines bibliográficos y fichas de clase o traducciones” (Sarlo Sabajanes, Beatriz. “La enseñanza de la literatura. Historia de una castración”, *Los Libros*, número 28, septiembre de 1972, p. 8).

sus contenidos se acomodaran a las exigencias liberales del mentado proceso de “transición democrática”.

La posición de Grüner parte de otro tipo de premisa. Asume que el cambio no necesariamente es positivo porque entiende que “es sabido que puede haber cambio sin renovación, y viceversa”. Pero también porque ya parece intuir en este reacomodamiento intelectual “un inequívoco cambio en el punto de vista”. “No hace falta “haber sido” para situarse en el “dolor de ya no ser” de los demás”, dice irónicamente Grüner (1985: 7). Y acto seguido agrega: “no es lo mismo cambiar el discurso que el lugar desde el cual se habla (o desde el cual se mira, ya que la vista es el punto)”. Pero lo que ya se pisa con la canallada no es el simple hecho de cambiar de lugar sino la decisión de hacerlo “sin someter a crítica el lugar en el cual se estaba” (1985: 7).<sup>5</sup>

5. El cuestionamiento moral que, entrelíneas, Grüner deja deslizar a mediados de la década del 80 se erige en efecto sobre una fuerte demanda de autocrítica que, en los años posteriores, será astuta y estratégicamente incorporada por el grupo intelectual reunido alrededor de *Punto de Vista* para afirmar y legitimar su nuevo lugar de enunciación.

La posición de Grüner y de *Sitio* se afianza en la convicción de no abandonar el combate por la verdad. Su intervención no se articula con relación a la lógica de institucionalización del discurso o “un “supuesto saber” por el cual se deduce que [Hystericus] nunca está exactamente donde dice estar” y por lo cual él mismo se encandila con la tranquilizadora “ilusión de tener que presentarse como un margen, para situar su propia academia frente a la oficial” (1985: 8). Se planta en la convicción de que el *pensamiento crítico* está tan ligado a la voluntad de comprender como a la voluntad de estilo que reverbera en las escrituras. Si el estilo es el hombre, la escritura es la polis. Parte de la idea de que el ensayista es un lector político: “no miembro de un partido, no recetador de ideologemas: político, es decir, interpelador de la polis, cualquiera fuese su “tema”” (1985: 6). Por eso se apoya en la contingencia de una forma diagonal de interrogación y elaboración política e ideológica, capaz de inscribir cada vez una diferencia intelectual y una singularidad material en la batalla por la verdad en el barro de la historia: “allí donde el progreliberalismo de Hystericus redescubre el relativismo y la neutralidad valorativa (y a eso llama “pluralismo”), allí mismo es donde se certifica la decadencia (degeneración/ruina/corrupción/bastardía) del ensayo argentino” (1985: 8).

A diferencia de Sarlo, la posición defendida por Grüner guarda especial atención de no confundir los discursos con sus efectos. En la decadencia del ensayo argentino no reconoce entonces una progresiva renovación retórica sino el síntoma de una abdicación, “un abandono del combate por la verdad” (1985: 8). Que el ensayo se cierre ironizando con una maestrita (que en cierto modo actualiza las consignadas en “Educación y crisis del hombre” de D. F. Sarmiento) que “quisiera ser un poquito demoníaca: no perversa, porque su profesión filantrópica no se lo permite, pero sí un poquito, como quien dice, “abierta al abismo”” (1985: 8), no deja de confirmar que la forma ensayística (voluntad de comprensión y voluntad de estilo) no se siente culpable por apelar incluso al viejo arte de injuriar, sobre todo *frente a* las posiciones de escritura que oscilan “entre el relativismo aséptico y el tímido malditismo esteticista” (1985: 8).

El texto de Grüner exhibe claras resonancias de lo que Jorge Panesi (1985) supo describir como el “discurso de la dependencia” en sus recurrentes énfasis críticos hacia “la gesticulación mimética con las novedades europeas” (Grüner 1985: 8). Pero su reclamo fundamental no es el que cristaliza en una rémora de militancia de corte nacionalista o latinoamericanista. Si se opone a esa figura acomodaticia del Hystericus («antes liberal a pesar de su progresismo, o progresista a pesar de su liberalismo, ahora progresa y liberal” (1985: 8)) es porque lo que lo subleva es el ademán impasible con que su moral renuncia a la dimensión ética y política de un trabajo que compromete la pregunta por la verdad del ensayo y su tradición. Cada intervención ensayística, apunta Grüner, debe en efecto reconocerse provisoria y contingente en términos de inflexión política pero no relativizada ni fechada en virtud de los vocabularios teóricos

de moda. Para ello, dice Grüner, debe reconocerse, más que como un género, como una forma; más que como un discurso, como una escritura; es decir: no como un vehículo más o menos útil para la transmisión de un “saber específico”, sino como una forma de interrogación de su contenido de verdad, de sus relaciones históricas y sus sentidos políticos. Es por eso que a diferencia de Sarlo, quien pretende dejarlo atrás como una forma popular pero en cierta medida pre-científica de presentar las lecturas, Grüner insiste en subrayar que la decadencia del ensayo está en efecto ligada a otro síntoma histórico: el de la disolución de “cierta voluntad autocrítica” (1985: 8). La referencia no aplica simplemente al sentido “vulgarmente ideológico” del término, sino a una inflexión vitalista, a un conjunto de operaciones de exploración e interrogación crítica capaz de activar los textos y las lecturas de la tradición. La tradición del ensayo argentino, concluye categóricamente Grüner, “lejos de haber sido interrogada, apenas ha sido *desechada*, transformada en material ruinoso” para ceder paso a “la mediocridad tediosa de la peor de las historias: la literaria”. Que esa interrogación le devuelva el mote de “culpable” quiere decir dos cosas: que en él, “se *arriesga* una idea” y que, en ese riesgo tomado, “la lectura actualiza la escritura”. El ensayo es esa forma que consiste en “enajenar la palabra propia sin dejar de recuperarla en la del otro” (1985: 8). Y la figura que, a juicio de Grüner, distingue al ensayo de la crítica (“la ciencia literaria”) es la de una ausencia, o mejor aún, la de una no preexistencia de una instancia autorizante: en el ensayo, la escritura misma es la que da lugar a la verdad de un sujeto. El amotinamiento en esa hipótesis implica un riesgo: el de autorizar esa recurrente mitificación de la forma ensayo mediante la cual se pliega toda distancia y se disuelve toda diferencia: la plena proyección del personaje-autor que, como dice Nicolás Rosa, “se mira —se refleja— en el texto que lee y se identifica con el personaje-autor, juego de comedia que a veces pasa inadvertido tanto para el escritor del ensayo como para el lector del mismo: *mille e tre*” (2003: 41).

Entre los que escriben las lecturas para entender y los que comunican un saber detenido hay la distancia insalvable que se suele reconocer entre escritores y escribas, en la tensión zanjada por una posición que toma al ensayo como forma de resistencia contra las metodologías y las retóricas universitarias y una posición que lo objetiva como un recurso historizado y supeditado a la mediación de un saber. Cada uno de esos posicionamientos, que resumen y en cierta medida reducen a una mínima expresión posiciones más complejas —donde cabría discriminar matices y reconocer fluctuaciones—, ponen al descubierto éticas de la escritura (de la lectura) con relación a una matriz cada vez más estabilizada de exigencias institucionales.

Estos dos modos de considerar al ensayo dentro de la práctica intelectual parecen irreconciliables. Sin embargo, Alberto Giordano intenta suturarlos en una exégesis que invoca cierta paz cultural. Para el crítico rosarino el ensayo exime al ensayista de la prueba de juicio propio de la crítica, poniendo en crisis la función mediadora sin renunciar a su deseo de decir la verdad que se sustrae a la formalización de las retóricas y metodologías académicas. La apropiación generosa que plantea Giordano no deja de ser corporativa y por ello, despreciativa del valor concreto y singular de la forma ensayo. Como bien señala Nicolás Rosa, Giordano no deja de tomar al ensayo como “recurso”, “como suplemento de la intervención crítica” (2003: 60) desde un efecto retórico que se ejerce como si esa misma suplementariedad no implicara en efecto una diferencia de sustancia. Lo que está en juego es asumir la escritura de la lectura según la regla ética de incorporar la problematización de la propia escritura a la problemática del saber.

Tal como apunta Rosa, el modelo de transmisión del saber propio del esquema liberal burgués —que en una reformulación de ascendencia progresista es el que estaría en la base de las posiciones de Beatriz Sarlo que acabamos de describir— es el de la reproducción de la morfología de los bienes utilitarios (se enseñan las lógicas y

los criterios del recorte, se valoriza la distancia, se establecen los mecanismos de la cita, de la reproducción, pero deliberadamente “se ocultan los mecanismos de la apropiación” (2003: 29). Frente a este modelo, se erige el esquema populista —que reverbera en las *jam sessions* de escritura de un Horacio González— y que no deja de adscribir a la forma del ensayo cierta resistencia lírica, trashumante, que siempre insiste en convocar los nombres y las voces del pasado en un pensamiento presente aunque, paradójicamente, a veces sólo consigue incorporarse al eventual prestigio o al ocasional descrédito de esa “tradicción perdida”, mitificada, olvidada o simplemente ignorada, que se propone rescatar.

Si en el primer registro lo que se afirma es la soberbia de un saber, en el segundo se asiste a un “borramiento”, una dispersión o una dilución del enunciado en provecho de una voz enunciativa que, aún disimulada en plurales de modestia, tiende a imponerse mediante “un vacío lleno de insinuaciones” (Rosa 2003: 61), a partir de una retórica que restaura arcaísmos y retoma sintagmas cristalizados, pero que también prolifera en imprecisos giros metafóricos, alusiones lábiles y difusas, de resonancias alegóricas y opacas apelaciones a sobreentendidos, ambiguas posiciones de lectura e interpretaciones débilmente críticas, más atmosféricas que perennes.

González y Sarlo: “los dos extremos de un mismo espacio de escritura” (Rosa 2003: 55), no sólo en los usos de la cita (del fortalecimiento o la relajación de los regímenes de propiedad privada y atribución en el orden del discurso) sino también en la incorporación —con diferentes tácticas— de la pulsión polémica del ensayo como forma de elaboración de un pensamiento de la literatura y la cultura del pasado en el presente.

Ahí está el problema con el tiempo y con la manera en que la escritura del ensayo modela sus formas y sus determinaciones. En principio cabe decir que en la perspectiva de Sarlo prevalece —acaso un poco a su pesar— una matriz de progresión dialéctica, mientras que en la de González lo que se va imponiendo es una “lógica de la metamorfosis”. De un lado, lo que hace la diferencia es la distancia (jalonada siempre en grandes bloques) que se abre con la negación crítica y que pone al descubierto la materialidad de la historia en el proceso del cambio; del otro, es la fusión de horizontes la que reactiva los materiales del pasado al tiempo que lo confisca a un puñado de escenas que prefiguran el principio constructivo y deconstructivo del archivo elaborado con los “restos”. Que en cada una de esas secuencias de lectura los resultados se revelen prebendarios de razonados criterios de enmienda, ajuste o ratificación política de la crítica no quita la posibilidad de reconocer allí dos matrices de intervención todavía activas. Lo que esas dos líneas hacen posible, por oposición al Grüner que la condenaba a una “mediocridad tediosa” (1985: 8), son dos tradiciones del ensayo crítico que piensan las diversas configuraciones e interpretaciones de la historia literaria —incluso más que de las literaturas— como un campo de batalla política.

En el texto “interminable” de Horacio González (en su recorrido, dice Rosa, “no divisible en piezas” (2003: 66), la integración de las citas contribuye a borrar los registros de especificidad: la literatura es “consustancial” a lo político “porque es la base estructural de la retórica de la época y la que provee todo el material perceptivo” (2003: 70). Sarlo, por su parte, convierte a las categorías williamsianas de “tradicción selectiva” y “estructura del sentir” en el eje de un conjunto de lecturas y estudios literarios y culturales que producen efectos no idénticos pero sí semejantes. La topografía del ensayo crítico que despliega en “Del otro lado del horizonte” en 2001 más que atenuar las posiciones vertidas en la intervención de 1984 las enfatiza. Es como si, una vez establecido el régimen de normatividad disciplinaria de la crítica, tras su relectura de Walter Benjamin, Sarlo volviera sobre el ensayo para convertirlo, más que en instrumento, en objeto del saber de la crítica, tanto en términos de preceptiva



como de articulación retórica. Hace un *racconto* de recursos donde se mezclan —un poco promiscuamente— referencias de estilo y de discurso (metáfora, elipsis, paradoja, *exempla*, casos, aforismos, condensación, biografía y profecía). La fecha del trabajo no deja de resultar sintomática si uno subraya que, desde mediados de la década del 90, cuando se publica *Escenas de la vida posmoderna*, lo que ha primado en el conjunto —no reticente— de sus intervenciones críticas es justamente la forma ensayo. Sarlo es, “cada vez más, una crítica culta”, afirma Rosa; “en la exposición de sus lecturas se vuelve y se envuelve en sus propias lecturas y se opone, como se opone el sistema integral de la lectura, a la desintegración de la cita” (2003: 54). Como si, luego de ceñirlos en un pulido catálogo, hubiera ido poniendo a prueba esa serie de recursos técnicos en sus propios textos —aunque sin entregarse por completo a ellos, manteniéndolos como una resistencia productiva en un gesto de la singular laicización de su propio estilo. En cierto sentido, en el fondo de la argumentación anida la idea de que la forma del ensayo más que un *en sí* es algo que sucede, que se produce en otros géneros, casi a la manera de un acontecimiento: “no hay tipologías, hay solamente modos del ensayo” (Sarlo 2001: 31). Esos “modos”, que Sarlo —lúcida y cosmopolita— despega rápidamente de la caracterología tipificada del “ensayismo nacional”, se vuelven visibles —y en cierta medida también singularizan— momentos de muchas de las lecturas críticas producidas a posteriori en los diversos espacios culturales y universitarios.<sup>6</sup>

Pertenece a Gramsci la caracterización de toda instancia de crisis como aquella en que lo nuevo acaba de nacer y lo viejo no termina de morir. En la relación entre el ensayo y la crítica no deja de actualizarse la liturgia de esa histórica condición.

6. Dejando de lado —por su especial condición— el amplio espectro de análisis del ensayo de los escritores, la forma del ensayo acecha en la elegancia suntuosa de las lecturas de Alan Pauls, en el brío polemista de Alejandro Rubio, en la pulsión aforística de Germán García, en el filo mordaz de Edgardo Cozarinsky, en el refinado trabajo con el detalle de Luis Guzmán, en la expropiación de la elipsis de Fabián Casas, en la obsesión recursiva de la mirada crítica de Martín Kohan, en la aguda percepción pop de Daniel Link, en las lecturas por condensación de César Aira, en la sutil y deliberada metafórica de Silvio Mattoni. Y es también una resistencia tangible en muchas de las intervenciones académicas en las que el sujeto del ensayo no se impone como una entidad única y prefigurada sino que, como dice Grüner, se funda cada vez en un lugar distinto del entrecruzamiento múltiple pero limitado de lecturas y escrituras. Los trabajos de Raúl Antelo, Jorge Panesi, Noé Jitrik, Eduardo Romano, Aníbal Jarkowski, Sylvia Molloy, Miguel Dalmaroni, Alberto Giordano, Jorge Monteleone, David Oubiña, Fermín Rodríguez, Guillermo Korn, Sylvia Saitta, Américo Cristófolo, José Luis de Diego, Graciela Speranza, Marcela Croce, Ana Porrúa, Martín Prieto, Gonzalo Aguilar, Analía Gerbaudo, Sergio Cueto y María Pía López dan prueba de ello. Sin embargo no es menos cierto que con cierta ironía, tanto en los ensayos deliberadamente cimarrones de Eduardo Grüner, Horacio González, Juan Ritvo, Marcelo Percia, Carlos Gambero o Eduardo Rinesi como en los de autodidactos casi salvajes como María Moreno, Jorge Jinkis y Christian Ferrer, los saberes de la crítica actúan con velada insistencia como recursos del ensayo.

## Bibliografía

---

- » Altamirano, C. y Sarlo, B. (1983). *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Hachette.
- » Dalmaroni, M. (2004). *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina, 1960-2002*. Santiago de Chile: Melusina / RIL.
- » Gerbaudo, A. (2010). “Intervenciones olvidadas: Beatriz Sarlo en la universidad argentina de la posdictadura (1984-1986)”, en *Perífrasis. Revista de literatura, teoría y crítica*, Vol. 1. Bogotá, enero-junio.
- » Gerbaudo, A. (2017). “Beatriz Sarlo en *Los libros: fantasías, resistencias*”, en *El taco en la brea*, Año 4, No 5, mayo.
- » Giordano, A. (1999). “La crítica de la crítica y el recurso al ensayo”, en *Las razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política*, Buenos Aires: Colihue.
- » Giordano, A. (2015). “El discurso sobre el ensayo” en *El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde los 80*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- » Grüner, E. (1985). “Entredichos sobre la decadencia del ensayo argentino”, *Sitio 4/5*, Buenos Aires, mayo, pp. 5-8.
- » Grüner, E. (1985). “El ensayo, un género culpable”, *Sitio 4/5*, Buenos Aires, mayo, pp. 16-31.
- » Panesi, J. (1985). “La crítica argentina y el discurso de la dependencia”, en *Filología*, año VII, N° 1.
- » Prieto, A. (1989). “Estructuralismo y después” en *Punto de Vista*, año XII, número 34, julio-septiembre.
- » Rosa, N. (2003). “La sinrazón del ensayo”, en *Historia del ensayo argentino. Intervenciones, coaliciones, interferencias*. Buenos Aires: Alianza.
- » Sarlo, B. (1972). “La enseñanza de la literatura. Historia de una castración”, *Los Libros*, número 28, septiembre, pp. 8-10.
- » Sarlo, B. (1984). “La crítica: entre la literatura y el público”, en *Espacios de crítica y producción 1*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, diciembre, pp. 6-11.
- » Sarlo, B. (2001). “Del otro lado del horizonte”, en *Boletín/9*, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Universidad Nacional de Rosario, pp. 16-31.